

NOTA DE EDITORIAL.—Con relación al trabajo del profesor Tenorio: «LAS MATANZAS DE BADAJOZ»; publicado en el núm. 56 de TIEMPO DE HISTORIA, correspondiente al mes de julio del presente año, hemos recibido una carta del señor Abel Santamaria, que publicamos a continuación:

Santander, 1 de julio de 1979.

Muy señor mío:

En el número 56 de TIEMPO DE HISTORIA se publica un artículo de Rafael Tenorio titulado «Las matanzas de Badajoz» que junto con informaciones exactas, incluye varios e importantes datos falsos sobre lo ocurrido en Badajoz después de su conquista por las tropas de Yagüe el 14 de agosto de 1936.

La principal falsedad estriba en afirmar (págs. 6-8) que, además de los cientos de ejecuciones realizadas los días 14 y 15 hubo otra segunda tanda en fecha no determinada, de la que sin embargo el señor Tenorio, sin precisar fuente alguna para tal noticia, detalla que se celebró más o menos en forma de corrida, con los presos entrando para su ejecución por la puerta de caballos, con los tendidos cubiertos de público que había acudido mediante entrada e invitación: «señoritos de Andalucía y Extremadura, terratenientes sedientos de venganza y falangistas de reciente camisa; también acudieron mujeres», supongo que con mantilla y abanico.

Con una excepción, ni una sola historia de la guerra civil acepta la fábula contada por el señor Tenorio. Por citar algunos de los historiadores más abiertamente pro-republicanos, no recogen tal historieta al relatar los hechos de Badajoz ni Southworth («El mito de la cruzada de Franco», Ruedo Ibérico, París, 1963, págs. 123-124); ni Broué y Temime («La Revolución y la Guerra de España», Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1977, I, págs. 211-212); ni Jackson («La República Española y la Guerra Civil», Grijalbo, Barcelona, 1976, págs. 243-244). La única excepción es una obra sobradamente tendenciosa y desacreditada, de la que el artículo del señor Tenorio toma bastantes datos. Se trata del libro editado

hace más de una década en la Unión Soviética por el Partido Comunista de España, «Guerra y Revolución en España», Editorial Progreso, Moscú, 1967, I, 289, donde, al igual que el señor Tenorio, sin citar la menor fuente para tal afirmación, se dice: «En la plaza de toros, el asesinato fue convertido en espectáculo para oficiales fascistas y señoritos, que encontraban morboso deleite en presenciar la bestial matanza».

El origen de esta leyenda, rechazada por los historiadores, es rastreable: más de dos meses después de la toma de Badajoz, el 27 de octubre de 1936, el diario madrileño «La Voz» se sacó de pronto de la manga el relato de que las ejecuciones de los días 14 y 15 de agosto habían tenido lugar en forma de corrida, con los tendidos llenos de la flor y nata de la sociedad de Badajoz e incluso dijo que los presos antes de ser ejecutados fueron picados y banderilleados. Todo ese relato es calificado por Hugh Thomas de «completamente falso» («La Guerra Civil Española», Editorial Urbión, Madrid, 1979, II, pág. 249, nota 8).

Si me permite el inciso, esta fábula narrada por «La Voz» se sabe que fue uno de los principales desencadenantes de las matanzas de Paracuellos del Jarama y de San Fernando de Henares, cometidas por miembros de los «radios» del PCE en La Elipa y La Guindalera. En realidad, fue parte de una serie de fábulas similares narradas por aquellos días en la prensa de Madrid, para aumentar la resistencia de la población contra las tropas de Yagüe, que acababan de desbaratar la ofensiva republicana de Illescas y que estaban ya a sólo kilómetros de la capital. Hay que tener en cuenta que todo parecía en aquellos momentos de desesperación lícito para contener el desaliento de los madrileños, que acababan de conocer la huida de Azaña, y alguno de los cuales sa-

bia que sólo dos días antes el oro del Banco de España había sido enviado a la URSS.

Una precisión más. Para justificar su aceptación de esa mítica corrida-ejecución, el señor Tenorio cita un «estudio» de Arthur Koestler. Es cierto que en «Spanish Testament» (The Left Book Club, Londres, págs. 143-145) y en su versión francesa titulada «L'Espagne Ensanglantée», editados ambos en 1937, Koestler hace un sonoro relato de los hechos de Badajoz, pero en ningún momento habla ese autor de los hechos como lo hace el señor Tenorio respecto a la fantasmal corrida. Como hecho ciertamente importante, hay que señalar además que años después, en su autobiografía (Tomo V de la edición española, «La escritura invisible», Alianza Editorial, Madrid, 1974, págs. 9-100), Koestler explica con detalle que en los años 1936-37, bajo la capa del periodista, actuaba como miembro secreto de los servicios soviéticos de propaganda, bajo el control del «rezident» del NKVD en París, Willy Muenzenberg; y Koestler precisa: «En "L'Espagne Ensanglantée" había acusado al enemigo de cometer ciertas atrocidades, aun abrigando dudas acerca de la autenticidad de la documentación de que me estaba valiendo» (ibid., pág. 66).

Estoy ya un tanto cansado, como muchos de sus lectores, de leer en TIEMPO DE HISTORIA relatos como el del señor Tenorio que, además de incluir hechos falsos y de basarse en fuentes más que dudosas, tienen como objeto exclusivo los actos de barbarie, unos ciertos y otros falsos, cometidos por uno solo de los bandos de la Guerra Civil española. Supongo que será una muestra de ingenuidad solicitarle que deje de ser tan monocorde y, sólo para variar, realice un estudio en profundidad de, por ejemplo, las decenas de miles de asesinatos cometidos en Madrid del 18 de julio de 1936 al 1 de abril de 1939, bajo las órdenes de García Atadell y de sus sucesores, uno de los cuales ocupa cargo de secretario general del segundo partido de la izquierda española. Coincido con usted. Soy demasiado ingenuo.

Abel Santamaria